



PRECIO DE LA SUSCRICION.—Madrid: por números
NUM. 28. sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un
 año 80 rs.

MADRID 11 DE JULIO DE 1869.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs.,
 un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y EXTRANJERO, AÑO XIII
 un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 á 15 pesos.

REVISTA DE LA SEMANA.

Desde hace algunos dias aparecen frecuentes nublados en el horizonte hasta ahora sereno de nuestra política. Mientras las discusiones sobre derecho constituyente ocupaban las sesiones de la Cámara y la atención general del pueblo; mientras mantenía el interés la solución inmediata de la organización, si quiera sea interina del nuevo gobierno, ni las sublevaciones locales, ni los planes de los carlistas, ni los trabajos de los alfonsinos, ni el celo de los montpensieristas, ni las disidencias de los jefes de partido eran bastantes para preocupar por más de un dia al pueblo entusiasta é impaciente. Despues que, á gusto de unos, y á rechina dientes de otros, se decidió sobre la grave cuestion de forma, y por via de composicion se dió algun viso de estabilidad á las altas regiones del poder con el nombramiento de un regente, faltó la antigua comidilla á los políticos, cambió el temperamento de las sesiones, y bajándose el espíritu de la contemplacion de las cosas en la brillante esfera de los principios, á la contemplacion de las personas en la nebulosa atmósfera de las pasiones y de los intereses, hé aquí que los más creyentes en un porvenir pacífico y glorioso comienzan á inquietarse con la aparicion de nubecillas hoy, mañana de vientos huracanados, aquí de exhalaciones sospechosas, allí de fuegos fátuos, preludios todos de estremecimientos y convulsiones. Tal es el aspecto novísimo que nuestra situacion presenta, para afrontar la cual parece no haber otro remedio en concepto de los prácticos en esta clase de mareas y rumbos, sino la

estrecha union de los tripulantes de la navè. Unanse, pues, si unirse pueden, y á quien Dios se la dé San Pedro se la bendiga.

Los primeros pasos de la nueva Asamblea francesa, relativos á verificacion de actas, descontentan á los impacientes y golosos de grandes impresiones parlamentarias, que quisieran ver ya convertido en un campo de Agramante el templo de la representacion nacional. Para satisfacer esta ansiedad ha propuesto un diputado adoptar la costumbre inglesa de proceder, sin pérdida de tiempo, al despacho de los negocios más urgentes é importantes, uno de los cuales es nada ménos que hacer efectiva la participacion del pueblo en la gobernacion del Estado, acabando con la direccion personalísima del emperador y estableciendo ministros verdaderamente responsables. Muchos son los firmantes de esta proposicion, especie de caballo que, como el de Troya, encierra en su vientre temerosos enemigos, y con la cual basta y sobra para remover hasta los cimientos el órden político de la Francia. Por fuerte que sea el fundamento sobre que el régimen bonapartista descansa, no hay duda de que el nuevo Congreso, animado de diverso espíritu que los anteriores, va á introducir notables cambios en el modo de ser del vecino imperio.

Mientras esto preocupa el espíritu de los políticos de Europa, el orbe religioso francés se ha escandalizado grandemente al oír el elogio que el padre Jacinto hizo en la sesion de la *Liga de la Paz*, de la religion protestante y de su influjo en la familia y el pueblo inglés á quien hace poco visitó el predicador ilustre. *La Gazette de France*, legitimista y católica, pone el grito en el cielo, y el ultramontano *Univers* no perdona este *lapsus lingue* en el hasta ahora brillante idolo de la sociedad católica parisiense.

En cambio el idolo del pueblo, Enrique de Rochefort, ha recibido amonestacion del ilustrado gobierno belga para que achique la luz de su *Linterna*, y no deje resbalar su pluma tan á menudo. ¿Qué hará este picante escritor obligado á alumbrar á *mediã vela*? Desde luego puede decirse que se hundió el negocio de la *Linterna*, económicamente hablando, porque aquí cuadra aquel refran de

Poco aprovecha
 candel sin mecha.

Del otro lado del canal, la política se halla en calma, y generalmente sucede lo propio en las demás naciones. Los ingleses tienen ahora con qué entretenerse, obsequiando al vi-rey de Egipto, que parece monarca del universo, segun le bailan el agua delante principes, monarcas y emperadores de la Europa civilizada. El tiempo que no emplean en convidar á la magestad de la tierra de los cocodrilos, lo gastan en sesiones académicas y en arreglo de asuntos económicos de la importancia del llamado *Trades' Unions*, cuyas leyes excepcionales tratan de abolir por el parlamento, en vista de los resultados de la famosa comision examinadora creada hace tres años para estudiar la organizacion de estos gremios, y las ventajas é inconvenientes que ofrecen en las relaciones mútuas del capital y del trabajo, de los empresarios y de los obreros. Nada más oportuno y justo que esta medida, reclamada por el adelanto de la civilizacion y los principios más generales de jurisprudencia.

En Italia se han repetido algunos ligeros motines, pero el órden reina en Milan actualmente. La naturaleza, como si quisiera seguir en sus manifestaciones al órden político, ha tenido tambien su desahogo en Bolognia con un ligero movimiento insurreccional que si bien no causó desgracias hizo parar los relojes y sonar todas las campanas. En medio de esto hay noticias más favorables acerca del estado de la duquesa de Aosta, á quien las últimas noticias representaban enferma de peligro.

El laberinto político-económico llamado la cuestion franco-belga, encontró por fin el hilo conductor, y ya, Dios mediante, no volveremos á oír más hablar de idas y venidas de amigables componedores. El gobierno belga se somete á las decisiones equitativas que el francés tenga á bien proponerle, puesta la mano sobre su conciencia, y la verdad es, que para tal viaje no habia menester tantas alforjas.

Las noticias de Méjico son tan variadas como siempre en detalles y tan unas en su fondo como de costumbre. Por una parte insurrecciones contra las autoridades constituidas como en Querétaro y Zacatecas; por otra pronunciamientos y movimientos de generales; aquí ataques en despoblado, allá cercos de poblaciones, y do quiera agitacion, apresamientos, persecuciones y lucha entre descontentos, impacientes y ambiciosos. ¿Cuándo llegará el dia en que el correo nos traiga la

frase tan manoseada en el viejo mundo de reina la tranquilidad más completa?

Por el mismo estilo son las que tenemos de Cuba desde setiembre del pasado año, no obstante que más de una vez ha corrido el rumor de que todo había concluido. Lo peor es que á la situación que la preciosa Antilla atraviesa, se agrega el no ser muy satisfactorio el estado de la salud pública, pues en la Habana había casos de fiebre amarilla y el cólera hacia sus estragos en Nuevitas. El comercio se hallaba también muy paralizado de resultas de esta situación anómala, cosa que no podía menos de suceder, necesitando los comerciantes para sus especulaciones la estabilidad del orden político como base de sus cálculos y combinaciones.

Entre nosotros con la entrada de los calores fuertes, se va también paralizando la poca actividad que en todas las esferas se nota de algún tiempo á esta parte, exceptuando la política.

NICOLÁS DIAZ BENJUMEA.

CARTA DEL DOCTOR THEBUSSEM

AL SEÑOR DON AURELIANO FERNANDEZ GUERRA Y ORBE.
(CONCLUSION.)

Dorotea sacó de su almohada una mantellina de vistosa tela verde, y se adornó de manera que una rica y gran señora parecía.

Cuando el cura y el barbero visitaron á Don Quijote, lo hallaron sentado en la cama y vestida una almilla de bayeta verde.

Las hermosísimas doncellas que danzaron en las bodas de Camacho, iban vestidas todas de palmilla verde: de cáñamo teñido de dicho color, y de hiedra, se cubrían los salvajes que tiraban del Castillo Buen Recato, y la palmilla verde de Cuenca con que debió vestirse Quiteria fue terciopelo de treinta pelos. (Parece que en opinión de Panza, la palmilla verde de Cuenca era la de mas mérito: el Diccionario de la Lengua Castellana asegura que la mejor era la azul). Sancho juró que la novia resultaba ser una chapada moza y que podía pasar por los bancos de Flandes.

Montesinos ceñía sus hombros y pecho con una beca de colegial, de raso verde.

Maese Pedro el titerero traía cubierto el ojo izquierdo y casi medio carrillo con un parche de tafetan verde.

Sobre una hacanea blanquísima adornada de guarniciones verdes, se presentó la duquesa asimismo vestida de verde, tan bizarra y ricamente, que la misma bazarria venia transformada en ella.

En el palacio de los duques púsose don Quijote una montera de raso verde, que las doncellas le dieron.

El vestido de monte para Sancho era verde de finísimo paño. Ahí te envío,—le decía á su mujer Teresa en carta de 20 de julio de 1614,—un vestido verde de cazador, que me dió mi señora la duquesa; acomódale de modo que sirva de saya y cuerpos á nuestra hija.

Al hallarse Sancho enganchado en la encina, gritando y pidiendo socorro, repite Cervantes que el verde sayo se le rasgaba.

Cuando se le soltaron á Don Quijote las dos docenas de puntos de una media, afligióse en extremo, y diera él una onza de plata por tener allí un adarme de seda verde; digo seda verde, porque las medias eran verdes. (Tres veces en dos renglones se escribe el adjetivo del color, y entiendo que con uno bastaba).

Aquella moza de diez y seis años que halló Sancho cuando rondaba la Insula, y que pareció bien á todos, llevaba recogidos los cabellos con una redecilla de oro y seda verde, y vestía gregüescos y ropilla también verdes de tela de oro.

Claudia Gerónima, la que admiró á Roque Guinart por la gallardía, bazarria y buen talle, traía toda su ropa de damasco verde con pasamanos de oro.

Otra prueba de la marcada predilección de nuestro escritor al abundoso color de las yerbas, es la siguiente. He considerado siempre que la figura mas fidalga, mas noble y mas digna del Quijote, es la del galán de rostro aguileño y vista entre alegre y grave; la de aquel caballero que en el traje y apostura daba á entender ser hombre de buenas prendas. Don Diego de Miranda, amigo mio, y su familia, fueron las únicas personas de la novela que desinteresadamente atendieron, obsequiaron y regalaron al caballero de los Leones; ni á don Diego ni á los de su casa les ocurrió siquiera como á Vivaldo, á los duques ó á don Antonio Moreno, holgarse y divertirse (ni aun á lo honesto y afable) sacando á plaza las locuras de un misero demente. Hasta los que una sola vez han leído la célebre novela, saben que el de Miranda venia caballero sobre una muy hermosa yegua tordilla, vestido un gaban de paño fino verde, gironado de terciopelo leonado, con una montera del mismo terciopelo; el aderezo de la yegua era de campo y de la gineta, asimismo de leonado y verde; traía un alfanje morisco, pendiente de un ancho tabalí de verde y oro, y los borceguíes eran de la labor del tahalí; las espuelas no eran doradas, sino dadas con un barniz verde tan tersas y bruñidas, que, por hacer labor con todo el vestido, parecían mejor que si fuesen de oro puro. ¿Será necedad presumir que Cervantes empapó en el color de toda su afición

á la persona mas distinguida de su gran libro? ¿Será debilidad de juicio deducir del barniz de las espuelas que, en ciertas ocasiones, el «soldado de Lepanto»—colocaba el oro por debajo del espléndido color de los árboles y de las yerbas?—Hasta el nombre de—Caballero del Verde Gaban—dado al discreto manchego, forma, en mi entender, la síntesis de cuanto llevo apuntado en la presente carta. Y aun cuando ella sea formada con puros disparates la paciencia de usted no se agotará porque yo prosiga en mi sendero. Paciencia y leer.

Dirá usted (y dirá muy bien) que nada hay de extraño, ni de raro, ni de nuevo, en llamar verdes á los árboles y prados, y que si muchos personajes del Quijote aparecen vestidos de verde, otros se hallan con ropas azules, negras, purpúreas ó leonadas. Es verdad; pero también tengo por cierto que en mil ocasiones en que ni era preciso ni se hubiera reparado siquiera la falta de designación de la tintura, Cervantes aplica la verde: cuando se ve obligado á señalar varios matices, comienza su relación por el de la cruz de Alcántara; parece que en su memoria y en su pluma, iba siempre el sinople á la vanguardia.

¿De qué color eran las cintas que sujetaban con nudos la celada del Hidalgo Manchego, y que en ninguna manera quiso él consentir que se cortaran? Verdes.

¿De qué color era la seda con que los hidalgos escuderos tomaban los puntos de sus medias negras? Verdes.

La gran cantidad de plumas que volaban sobre la celada del Caballero de los Espejos, eran verdes, amarillas y blancas.

¿De qué lienzo era el portamanteo de Corchuelo? De bocaci verde.

¿Cuántos y de qué color serian los perros que habia de parir la perrilla de falda de aquella dama que consultó al señor judicario? Tres; y uno verde, el otro encarnado y el otro de mezcla.

Hallóse Don Quijote enredado entre unas redes de hilo verde.... Pues si como son hechas de hilo verde fueran de durísimos diamantes... (Este segundo verde bien se pudiera excusar.)

Aunque tonto eres verídico, dijo Don Quijote. No soy verde, sino moreno, replicó Sancho.

¿Cuáles fueron los colores con que Sancho pintó á las siete cabrillas? Dos verdes, dos encarnadas, dos azules y una de mezcla.

¿De dónde pendia aquel pergamino liso y blanco, escrito con grandes letras de oro que apareció despues de la aventura de Clavileño? De dos cordones de seda verde, etc., etc.

II.

Yo no conozco ni á fondo ni á superficie la literatura española. Ignoro por consiguiente si los escritores contemporáneos de Cervantes verdeaban sus obras del modo que lo hacia el autor del Quijote. Los libros que de épocas anteriores ó posteriores he tenido á la mano han sido el *Gil Blas de Santillana*, que como usted sabe, apenas se fija en los colores de las vestimentas. El vanidoso *Don Diego Duque de Estrada*, á pesar de su prolijidad en la descripción de trages y de su elegancia en el vestir, nunca, si no me equivoco, se cubrió de verde. Ni en el *Barrantes*, ni en las *Reinas Católicas*, encuentro libros ó ropillas de color de esmeralda. La crónica de *Miguel Lucas de Iranzo*, dice sólo (en medio de tanta reseña de lujosos arreos) que cierta escuadra de máscaras vestía de paño fino muy mucho menos que verde. Parece que apunta con miedo el color, á semejanza de aquel gallego que creyendo pagar menos portazgo, contestó cuando le preguntaron su nombre, que apenas se llamaba Pedro. En los libros que señalo y en algunos otros he visto muchas ropillas, jubones, gregüescos, mantos calzas y tabardos, blancos, amarillos, noguerados, purpúreos, carmesíes, azules, negros, etc. El verde siempre en carencia absoluta, ó en notable minoría.

A la vista tengo las cartas de dote (Medina Sidonia 1573-1606) de las hidalgas y ricas damas doña Catalina de la Serna y doña María Arroyo Sidon, en las cuales consta que entre las presea que llevaron á sus matrimonios se contaban sayas, corpiños jubones y almohadas de raso y de terciopelo verde. ¿Seria el color de moda en los tiempos de Cervantes?

Caso afirmativo sospecho que tal tintura no pasó á los vestidos del sexo masculino. Por eso es de notar que el Quijote nos pinte mujeres equipadas de verde con ropas propias de hombre, como habrá usted reparado en los disfraces de las hijas de Simon Forte y de Pedro Perez Mazorca.

Sea de esto lo que quiera, tengo por casi seguro que á pesar de ser el verde color propio de gente culta y civilizada (pues el rojo y el amarillo son los que más cautivan á los salvajes y al vulgo) su uso se halla en minoría relativa comparado con cada uno de los restantes que produce el espectro solar.

En las armerías es raro el campo verde; apenas se hallará en el blason de alguna casa reinante de Europa. Los mismos vegetales se representan comunmente en metales y no en sinople. *Cardos* de oro en gules, ó *laureles* de plata en sable, son signos harto comunes en heráldica.

El verde aplicado á las persianas, celosías, cortinas,

vidrios de espejuelos, paños de billar, tapetes de juego, etc., se funda únicamente en una razón de óptica ó en el fin de hacer inofensiva la intensidad de la luz. Aplicado á las condecoraciones, garnachas, banderas, faros, billetes de banco, láminas de deudas, sellos de correo y cosas análogas, sirve sólo, por su contraste con los demás colores, para apreciar al primer golpe de vista la categoría, nacionalidad, seña, valor, etc., de la persona ó objeto.

Creo que el color que en España usaba la Inquisición era el verde y en tono de burla le llamaban ustedes la *Señora de la vela verde*.

Oficialmente tienen los ingleses el Green-Wax cuyo nombre (por el color del sello) dan á las sentencias remitidas por el Exchequer á los Sheriffs, y Green-Cloth (por ser verde el tapete de la mesa) nombran al tribunal que, segun creo, corresponde al llamado «Bureo» en España.

La Iglesia católica ha sido poco partidaria del verde: sólo tres ó cuatro veces al año puede vestir de dicho color. Los tratados de química aplicada á las artes, vituperan los dulces, los sobres de cartas y aun la aplicación á la boca de los objetos teñidos con verde.

III.

Existe, pues, una especie de repulsion al color que nos ocupa, y á pesar de eso Cervantes lo preferia á otros colores.

¿En qué se fundaba este amor? Si el cautivo de Argel hubiese picado de linajudo ó de aristócrata, pudiera quizá decirse que así como estos dan á sus coches, libreas y reposteros el color de su escudo, Cervantes daba á sus presea literarias el sinople de su propio blason (1).

Los cabellos de casi todas las mujeres que describe nuestro manco eran de aquellos que pudieran los del sol tenerles envidia. ¿Por qué le agradaban las rubias? Creo que no hay mas respuesta sino decir que le gustaban porque.... le gustaban. ¿Por qué le agradaba el color verde?

Le agradaba porque... le agradaba.

Me dirá usted que esta es una respuesta, pero que no es una razón. Muy cierto, señor don Aureliano; y allá va una, aunque usted la califique de las llamadas en España de *pie de banco*.

Cervantes, ha dicho usted, (datos nuevos para ilustrar el Quijote), «se inspiraba en el sublime espectáculo de la naturaleza... dibujaba como Rafael y pintaba como Velazquez....» ¿Podria agregarse que gustaba mas del campo que del palacio? ¿Será absurdo estampar que su pluma corría mas gustosa, y que su imaginación le llevaba, sin él sentirlo quizá, á describir con fruición valles, montes, prados y campiñas de esmeralda, mas bien que alcázares revestidos con púrpura y con oro? ¿Es dislate suponer que el padre de Don Quijote colocó en más ocasiones las escenas y aventuras descritas en sus libros, debajo de la bóveda formada por Dios que debajo del techo construido por los albañiles?

Si el cautivo de Argel estudiaba un dia y otro dia, una vez y otra vez la obra del Creador, ¿qué tiene de raro que llegase á adorar y á empaparse en el dulce, armónico y variadísimo color con que la tierra se cubre y se engalana?

He leído, no sé dónde ni cuándo, que un célebre pintor contemporáneo, creo que francés, decía en tono de amarga queja:

¡Dios mio! ¿Por qué has puesto tanto verde en tu obra?

Figúrome que Cervantes exclamaría muchas veces en tono de elogio:

¡Dios mio! ¡Cuán bello y cuán hermoso es el verde con que has vestido á tu obra!!

IV.

Ni en la «Gitanilla», ni en el «Licenciado Vidriera», ni en el «Coloquio de los Perros», ni en la «Fuerza de la Sangre» ni en otras obras de Cervantes se mienta el verde. (Las comedias no las he leído jamás.)

En las bellas églogas de Garcí Lasso, se prodiga, y con justicia, el dicho color.

¿Deduciremos de aquí (por ejemplo) que estas poesías son y aquellas novelas no son hijas del Principe de los Ingenios? Nada menos que eso: no estoy tan dejado de la mano de Dios.

Creo sí que la observacioncilla que indico en la presente carta puede ser (y lo preguntó á usted para saberlo) un dato, un indicio una luz triste y miserable que aplicar á aquellas obras descarriadas sin nombre de su dueño: cuando ustedes los peritos las juzguen y califiquen poniéndoles con justicia el Cervantes fecit, dejen ustedes que pobres peleles como yo, cubiertos los ojos con espejuelos verdes, hagamos un mecánico exámen, v. gr., sobre la «Carta á don Diego de Astudillo, dando cuenta de la fiesta de San Juan de Alfarrache.»

Dícese allí que los barcos iban adornados con verdes ramos de juncia.

(1) Armas de los Cervantes: dos ciervas de oro en campo VERDE. Navarrete; Vida de Cervantes, pág. 560.

Que eran verdes los mirabeles.
Que las hojas de caña y de piedra estaban tan verdes,
que parecía no haberse quitado de su tronco.
En la canción al Invierno se apunta que este

A los árboles verdes del verano,
Como cruel tirano,
De escarcha viste y los desnuda de hojas.

Poco más adelante hallamos aquellos dos caballeros
con armas verdes, calzas verdes, celadas verdes y vis-
tosos penachos de verde albahaca con su correspon-
diente letra que decía:

Ramas vestidas de verde
Por mostrar nuestra esperanza;
Que quien no espera, no alcanza.

Y para completar la descripción, y para que se viese
que en el talento de Cervantes no cabía aquello de que
«pasión quita conocimiento»—quiso nuestro escri-
tor significar, con tanto chiste como talento, esa parte
ridícula que se atribuye al matiz que nos ocupa. Por
eso tal vez, y por requerirlo la índole de la epístola,
añadía:

Sobra el verde en el vestido,
Porque jamás le comemos;
Que para dar le traemos.

Agradézcanme, señores,
El cuidado que he tenido,
Pues verde les he traído.

De la comida he ahorrado
El verde que hoy he sacado.

No me aprovecharon,
Madre, las yerbas,
Pues saliendo de verde,
No engordé en ellas.

Veinte y un años después de muerto Cervantes pu-
blicaba un folleto de treinta y cinco hojas en 8.º el
capitán Manuel Fernández de Villareal, dirigido «a la
divina Celia», é intitulado COLOR VERDE (Madrid, por
la viuda de Alonso Martín, año de 1637): era respuesta
á otro discurso del *Color Azul*, que acababa de escri-
bir el doctor Fernando Álvarez Brandon, letrado fa-
moso y agudo ingenio lusitano.

Manuel de Faria y Souza, el insigne comentador de
Camões, que fue aprobante de la obra del capitán,
y había ya discurrido en sus *Comentarios* sobre la
significación de los colores (Lusiada, canto III, estro-
fa 23, columna 273), dice «ser propio de la gente mi-
litar el vestirse de colores varios; y no servir en los
soldados y amantes solamente de galas; mas también
de imágenes de pensamientos amorosos, ó militares ó
devotos. Muchos de los antiguos, cuando salían en
campana militarmente, se vestía cada uno del color de
aquel dios á que era mas aficionado; y en lo moderno
el color de los hábitos de unas y otras Ordenes, se
eligieron por sus significados. Hoy casi todos, galanes
y soldados hacen esta devoción y estas aplicaciones á
sus damas, vistiéndose de los colores que ellas más
estiman, ó que más pueden significar sus intentos. El
blanco significa pureza, fe y triunfo; el *rojo*, ira y
crueldad y venganza; el *verde*, festejo, alegría y es-
peranza.»

Hé aquí, pues, cómo no se ha de creer indiferente
el color verde para Cervantes, para el escritor alegre,
para el regocijo de las Musas; que tuvo la esperanza
segura de que á su mérito haría justicia la posteridad,
ya que no sus contemporáneos.

Basta de carta, que ha salido larga como una cua-
resma. Dentro de poco tiempo marcharé á Wurzburg,
pues la libertad que hay en su tierra de usted está tan
verde... que para mi paladar amarga. Celebraré que
madure pronto, como yo deseo, y mientras tanto pide
á Dios que conserve la vida de usted por dilatados
años y B. S. M.

DR. THEBUSSEN.

Medina Sidonia, 22 de marzo de 1869.

BIOGRAFIA.

DON DIEGO HURTADO DE MENDOZA.

(CONTINUACION.)

Empeñado Carlos V en sustentar tantas guerras en
Europa, llegó el caso de encontrarse con escasez de
dinero para proseguir vigorosamente aquellos desig-
nios que no en balde habíanse enseñoreado de sus pen-
samientos al pasar por el camino de su alma.

Las fortalezas de Florencia y de Liorna acababan de
vender al gran duque de Toscana. El papa Paulo III
procuraba comprarle para su nieto el célebre Octavio
de Farnesio los estados de Milan y Siena. Don Diego
Hurtado de Mendoza escribió dos memoriales al César

sobre este asunto, manifestando los graves inconve-
nientes que se ofrecían, entre ellos el deshonor para su
corona y una casa de continua alteracion para la paz
de Italia. Encubrió su nombre; pero mal oculta el cris-
tal la luz. No hay persona que al leer aquellos escritos
que el autor quiso dejar en soledad sin su nombre, no
lo conozca al punto. Quedó herida de muerte con la
pluma la pretension de Paulo III, y apartada del intento
la voluntad de Carlos V.

Este, más y más empeñado en la reduccion de los
hereges de Alemania por medio de los decretos de un
concilio general, procuraba por todas las vias posibles
que cuanto antes se juntase: nombró en 18 de octubre
de 1542 por sus embajadores al gran canciller Granve-
la, á su hijo el obispo de Arras y á don Diego Hurtado
de Mendoza.

Este, más tarde, obtuvo al propio tiempo la embajada
en Roma. Para ella sólo llevó dos libros: el *Amadís de
Gaula* y la *Celestina*, libro aquel de caballería muy es-
timado de los antiguos, porque á la verdad, y salva la
opinión de Cervantes, eran de gran utilidad para el si-
glo en que fueron escritos.

El feudalismo imperaba por do quiera y con el feuda-
lismo la exaltacion del orgullo del poderoso, la opresion
del débil, el atropello de las virtudes.

En esos libros caballerescos se enseñaba el respeto
á la debilidad, el socorro al oprimido, la humillacion
del soberbio prepotente, ultrajador impune de la ino-
cencia. Mostraban lo que era obligacion del caballero,
y á más, acostumbraban á las personas á la cultura y
cortesía del lenguaje.

Guardar la palabra, ser leal, ser generoso, ser com-
pasivo, hé aquí la enseñanza de los libros de caballe-
rías, no obstante lo extravagante de sus fábulas tan
exageradas como muchas de las novelas de hoy día. El
mismo Cervantes, que tanto se burló de los libros ca-
ballerescos, á los libros caballerescos debió la gala de
su decir, la lozanía de su lenguaje.

Mostró Mendoza en el concilio la entereza de su con-
dicion, exigiendo á nombre del César que se procedie-
se en todo conforme á lo que exigía la gravedad del
asunto y la turbacion del siglo. Su casa era el lugar de
las juntas de los prelados españoles: él hizo llevar sus
libros, donde se contaban las obras de todos los santos
padres, y aun de heresiarcas, cuyas doctrinas era pre-
ciso tener presentes para su condenacion.

Cuando el papa determinó trasladar el concilio á Bo-
lonia por causa de la guerra de Carlos V con los ale-
manes y con el pretexto de peste, don Diego no sólo
protestó en Trento, sino que pasó á Roma y en pú-
blica audiencia ante el Sacro Colegio y embajadores de
otras naciones, hincado de rodillas leyó una enérgica
protesta contra aquella determinacion, protesta que
fue interrumpida varias veces por Paulo III y no con-
testada sino hasta otro día en que se le dijo que era pre-
ciso consultar la opinion de los padres que estaban
congregados en Bolonia.

Grandes fueron las cuestiones que sustentó en el
concilio y Roma sobre el lugar que como á embajador
de tan gran personaje le correspondía.

En 1548, el día de Navidad asistió á la capilla del
Pontífice, y viendo que había dos sillas de preferencia,
y comprendiendo estar destinadas para el duque Ho-
racci, nieto de Paulo III, y otro personaje, se sentó en
la primera, llamando para que junto á sí se sentase
igualmente al embajador de Francia. Un maestro de
ceremonias le advirtió que aquel no era su puesto; pero
él insistió en permanecer allí.

Otra vez hablando con Paulo III, éste le advirtió
que recordase que estaba en palacio y que se escedía
en sus palabras. Don Diego respondió que él era cabal-
lero como su padre, y que tenía obligacion de decir
lo que su soberano le mandaba, siempre guardando el
respeto debido al vicario de Cristo; pero que como mi-
nistro del emperador, su casa era todo aquello en que
él ponía los pies.

El origen de muchas de estas competencias que en
la corte de Roma tuvo don Diego, estaba en la mal-
querencia que profesaba á Pedro Luis de Farnesio.

Era Pedro Luis de Farnesio hijo bastardo del papa
Paulo III antes de ser cardenal. Mandaba como sobe-
rano ducal en Parma y Plasencia. Perlas de su diade-
ma eran las lágrimas de sus súbditos: siempre en sus
estados estaba desnuda la espada sobre los cuellos, é
infatigable el verdugo.

Pero en medio de su tiranía, la venganza velaba.
De la vida de Pedro Luis Farnesio, sólo el puñal que
lo amenazaba tenía cuidado. Los nobles conspiraban
contra su persona. Aguzábanse sus aceros, no en pe-
dernas, sino en piedras preciosas para que fueran
mas penetrantes las heridas.

Una tarde entraron los conjurados en su palacio, y
le dieron muerte. Necesitó que le pasase el corazón el
hierro para que entendiese el peligro.

El pueblo, sabedor de su muerte, apeló á las armas
proclamando al emperador. La muerte de Pedro Luis
Farnesio hizo despertar la espada que en manos de la
infeliz dormía.

El papa Paulo III atribuyó la trama del suceso al
gran canciller Granvela y á don Diego Hurtado, y la
orden superior de todo á Carlos V.

Don Diego escribió un opúsculo con el título de *Diá-*

logo entre Caronte y el alma de Pedro Luis Farnesio,
donde pinta admirablemente el suceso.

Dividíanse las ciudades en toda Italia; ya atendía á la
guarnición de Liena, cuya lealtad iba haciéndose sos-
pechosa, ya á la fortaleza de Pomblin y de la isla de
Elba, ya prevenía á los lieneses que entregasen las ar-
mas, ya los obligaba á enviar una embajada al empera-
dor para que dispusiese la construcción de una ciuda-
dela, en tanto que otros de la ciudad, ofendidos de su
gobierno, iban á avistarse con Carlos V para solicitar
lo contrario.

Llegó á tal punto el odio de los de Siena contra el
gobierno de Hurtado de Mendoza, que recorriendo
éste una tarde la ciudad embozado, le disparó una
pistola, tiro que felizmente no dió en la persona, sino
en su caballo que murió instantáneamente.

En ausencia de don Diego se sublevó contra los es-
pañoles la ciudad que odiaba nuestra dominacion, asi
por la inconstancia de sus ciudadanos, como por el es-
cesivo rigor con que eran gobernados.

El Marqués de Marignano, después de un sitio que
duró quince meses, sometió á Siena.

El gobierno de esta ciudad fue confiado al cardenal
don Francisco Mendoza, pariente de don Diego. Este
se hallaba en Roma continuando en los asuntos refe-
rentes al concilio, cuando sucedió que el alguacil ma-
yor de los esbirros faltó al respeto que al emperador se
debía en acto tan público. Don Diego, en vez de pedir
justicia, la tomó por sí, de lo cual sumamente ofen-
dido el papa Julio III, reclamó del emperador contra
aquel agravio.

Carlos V ya en 1551, había variado mucho de con-
dicion. Ya empezaba á temer el viento de la muerte
que había comenzado á mover algunas de las joyas del
laurel que lo coronaba. Comprendió que aquella polí-
tica enérgica, que le hizo retener en prisiones á Cle-
mente VIII, al elector de Sajonia, y á otros príncipes
del imperio que había humillado, tenía que ceder ante
las iras del siglo. La energía de don Diego Hurtado de
Mendoza, que tanto en su tiempo le había placido, ya
la tenía por contraria á sus deseos, por peligrosa á sus
intereses. Esto no es extraño. Ya el sayal buscaba á la
púrpura de Carlos V, como en otras ocasiones buscó al
cayado el cetro.

Don Diego Hurtado de Mendoza se hallaba levantan-
do tropas en la Romanía para defender las costas con-
tra el turco y para enviar á nuestras posesiones en
Africa, cuando recibió la nueva de estar nombrado
embajador en Roma don Juan Manrique de Lara, hijo
de los duques de Nájera.

Hasta entonces había pensado don Diego que el bra-
mido del mar de la calumnia y el odio era sí muy fuer-
te, pero ninguna la fuerza de sus olas. Aparentó reci-
bir con desden y aun sonrisa la nueva. Sin duda ima-
ginó hacer gran injuria á la virtud, quien sobre las
puertas de su casa pone por escudo la tristeza.

Dirigióse al lugar donde residía en aquella sazón
Carlos V. No era de parecer don Diego, que si la opi-
nion permite manchas, ninguno es su crédito, y que
nadie se vió ofendido que no se hallase agraviado de sí
propio. No quiso tampoco tener el silencio por único
refugio en la ingratitud que acababa de experimentar.

Solicitó hablar con el emperador, pero el empera-
dor temió la entrevista. El carácter enérgico de su
embajador había adquirido gran renombre: estaba agraviado; por otra parte el César no quería dar explicacio-
nes á un súbdito ofendido, ni se atrevía á dar quejas
por los servicios importantes que había prestado.

(Se continuará.)

ADOLFO DE CASTRO.

UN DEBUT LITERARIO.

LEDIA, NOVELA POR LA CONDESA DE***.

I.

Las clases altas de la sociedad, la vida del gran
mundo, las exigencias de buen tono que, como reinas
despóticas, dominan en los salones aristocráticos,
todo ese conjunto que llena en los periódicos ingleses
la seccion titulada: *The high life* (la alta vida) casi
nunca ha sido descrito con exactitud por nuestros
poetas dramáticos, ni por nuestros novelistas contem-
poráneos. Y como atinadamente ha observado un pro-
loguista de las novelas de Fernán Caballero, no puede
explicarse este hecho por la condicion á que han per-
tenecido y pertenecen nuestros autores de amena lite-
ratura. Antes, por el contrario, vemos que el duque de
Rivas, grande de España de primera clase, se limita en
su comedia *Tanto vales cuanto tienes*, á trazar un
cuadro de costumbres de la clase media; y que un ofi-
cial de artillería de la Guardia Real durante el régimen
absoluto y después ministro de la Corona en nuestra
revolucion liberal, don Patricio de la Escosura, en sus
novelas *El patriarca del Valle*, *Dos desenlaces de un
drama*, *Cuando el río suena...* y *El canto del cisne*,
más se ocupa de la vida política, de los sentimientos
apasionados del corazón humano, que de la descripción
de los hábitos sociales de las clases á que pertenecen
sus personajes novelescos.

Aun más. *El Hombre de mundo*, debido á la pluma de un autor muy acostumbrado á respirar la atmósfera de aristocráticos salones, en medio de sus excelencias, que le colocan en puesto preeminente entre las obras dramáticas del siglo XIX; *El Hombre de mundo* tiene un cierto olorillo cursi que casi inclina el ánimo á cambiarle el título llamándole, según el *argot* hoy de moda, *El Hombre de demi-monde*. Hasta la escritora que se nombra con el pseudónimo de Fernan Caballero, y aquí nos apartamos de la opinión del prologuista antes aludido, que según es ya público se halla enlazado por relaciones de parentesco é íntima amistad con gran parte de la aristocracia sevillana, es mucho más feliz en la pintura de los tipos populares de Andalucía, que cuando, pretendiendo trazar los retratos de títulos de Castilla y caballeros hijosdalgos, resultan personajes muy poéticos, pero de cada uno de los cuales se puede decir, repitiendo un verso de la señora Gomez de Avellaneda:

... el parecido
sólo le falta á tan feliz
(retrato).

Si no es la posición social de los novelistas y dramáticos contemporáneos, ¿cuál es la causa del hecho literario que ahora nos ocupa? En nuestro sentir la contestación á esta pregunta es muy fácil. La vida social de las clases elevadas no ha sido descrita en nuestros dramas y comedias, porque en España no ha habido jamás verdaderas distinciones sociales; porque España es la nación más democrática de Europa; porque aquí el pueblo y la nobleza han vivido confundidos durante siete siglos por las necesidades de la guerra de la reconquista, después por la preponderancia de los reyes absolutos han vivido humillados bajo el mismo yugo; y, por último, los vicios de la nobleza, aquellos vicios que inspiraron la satírica musa de Jovellanos, hicieron que el grande de España y el título de Castilla sólo encontraban grato solaz en la compañía de las ya históricas manolas

y los aun no históricos toreros y gente del bronce. Un poeta amigo nuestro, Fernando de Gabriel, nada afecto en verdad á las ideas democráticas, condenando las predicaciones demagógicas, ha escrito:

¿En qué atmósfera de odio
sumir á España se quiere?
¿Qué bárbaro antagonismo
aquí crear se pretende?
¿Aquí do nunca existiera
entre clases diferentes
y el camino á los honores
franco estuvo á todos siempre!

Y verdad es que en España nunca ha habido antagonismo entre las clases sociales, porque dado el espí-

ritu de nuestras costumbres patrias, desde hace mucho tiempo los amantes del principio nobiliario pueden dejar escapar de sus labios la triste exclamación de aquel personaje de zarzuelas: *¡Ya no hay clases!*

No poco ha contribuido á este resultado el influjo del catolicismo, que podrá sostenerse por los neo-católicos que es contrario á las ideas liberales, pero que nadie podrá negar que es eminentemente democrático, como puede verse confirmado por las acres censu-

termina como rey absoluto la forma y clase de vestidos que han de cubrir los humanos cuerpos de las tres cuartas partes de los civilizados europeos y de los libres americanos. Tiranía de la moda, que está destinada á desaparecer cuando los hombres, en un estado de mayor cultura intelectual, no renuncien el imprescriptible derecho que cada uno tiene de revestirse según tenga por conveniente; y eligiendo trage cada persona según sus gustos, quién optará por la clámide romana y quién

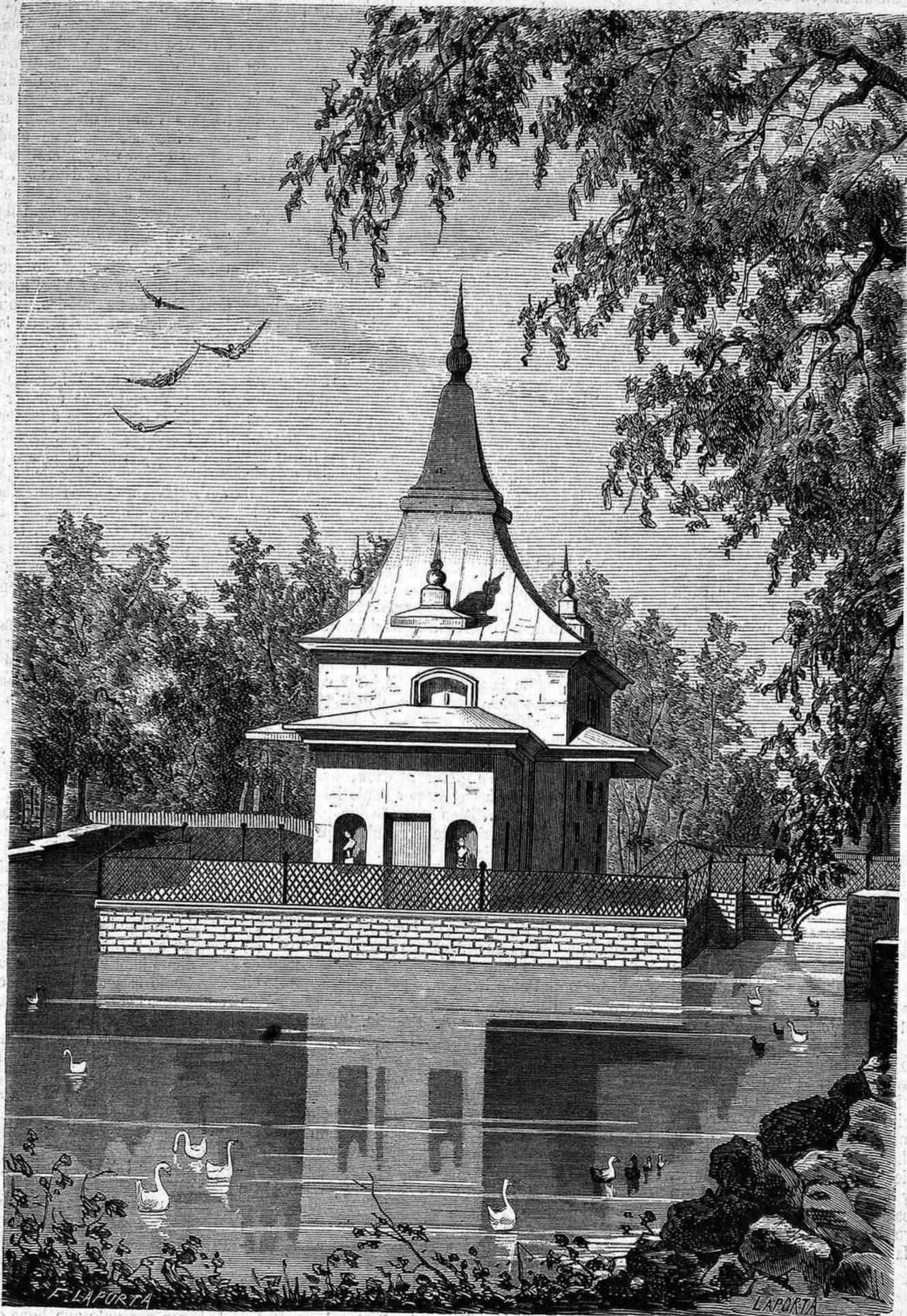
por el ferruero del siglo XVII para abrigarse en los inviernos; quién adoptará con ligeras variantes el trage de Motezuma para refrescarse en los veranos, los calvos usarán la peluca á lo Luis XIV para encubrir su carencia de pelo, no digo falta por razones que no son de este lugar; las feas podrán envolverse en los mantos de la época de Felipe IV, y si tienen breve el pie, menuda la mano y torneado el talle, quizá harán conquististas que resistirán al descubrimiento de su rostro; en fin, el mundo se convertirá en un baile de trages permanente, en donde la fantasía individual podrá manifestarse con entera libertad, y entonces cada cual podrá vestirse según reglas de arte y no veremos á diminutísimas damas arrastrando colas de incomensurable longitud, y á gigantescos galanes terminados en microscópicos sombreros, que contrastan horriblemente con las proporcionales dimensiones de su fisonomía y de su cuerpo.

II.

Basta ya de digresiones acerca del bello arte de vestir, y anudemos la rota hebra, no siempre ha de ser hilo, de nuestro interrumpido discurso. Si como ya hemos dicho, en las costumbres de España no ha existido nunca la aristocracia como clase cerrada y distinta del resto de la nación, en la actualidad por un conjunto de circunstancias, dignas de estudiarse, después del advenimiento de las nuevas ideas liberales, háse formado

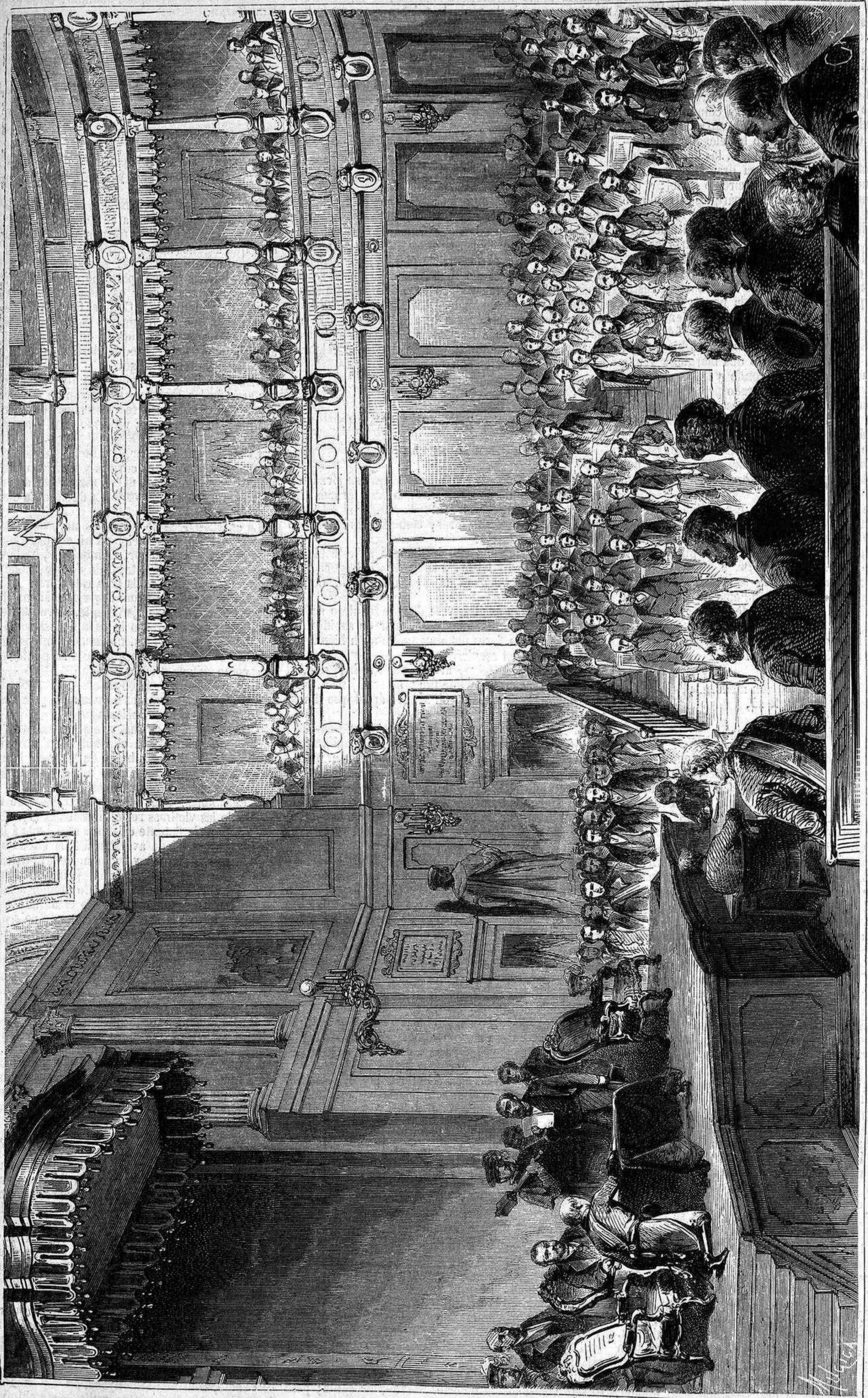
un círculo social, que pretende ser el lazo de unión entre los mejores, que no otra cosa entraña en sí la idea aristocrática, y así leemos frecuentemente en los periódicos, cuando describen la *soirée* de la duquesa de X... ó el banquete del opulento señor de Z... que allí se hallaban representadas las tres aristocracias de la sangre, del talento y del dinero. Y nótese de pasada que de la aristocracia de la virtud, que parece ser la única que eternamente debe conservarse, todavía nadie se ocupa, y no hay ni aun la costumbre de enlazar en una misma frase la palabra virtud con la palabra aristocracia.

Existe, pues, hoy una á modo de clase social, formada como ciertas capas geológicas, por materias de diversa y aun contraria procedencia, que es la que



CASA LLAMADA DEL PESCADOR EN EL RESERVADO DEL RETIRO.

ras que las distinciones han merecido de todos sus doctores de los cinco primeros siglos de la Iglesia y de sus modernos apologistas, Balmes inclusive. Se comprende bien que en la nación española hayan dominado por completo las ideas de igualdad social; y que por la altivez propia del carácter nacional esta igualdad se haya entendido subiendo todos y no descendiendo ninguno. Oigámos al menestral, que dice al entrar en la taberna, saludando á sus compañeros de clase: «Salud, caballeros.» Así afirmaba Larra que en España todos se creen caballeros, siquiera sean hijos de algun sastre, que según parece para el gran crítico el cortar levitas y pantalones era oficio humilde y no arte bello, que la moda sublima hasta las supinas alturas donde coloca su trono el *tailleur* parisiense y desde allí de-



LA JURA DE LA CONSTITUCION POR EL PRESIDENTE DEL PODER EJECUTIVO.

llena con las noticias de sus casamientos, bautizos y defunciones las gacetas de los diarios políticos y los sueltos de *La Correspondencia*, que es la que en invierno luce sus trenes en los paseos de la Fuente Castellana y sus personas en los palcos y butacas del que hasta hace poco se llamaba Teatro Real, y en verano cura sus males, ó gasta sus bienes, en Biarritz ó en Vichy, en Spa ó en Baden-Baden; clase ó agrupación social que realmente tiene ya una fisonomía propia, fielmente retratada en las revistas de Madrid que hace años publicaba en las columnas de *La Epoca* el célebre *Pedro Fernandez*, cuya tarea continúan hoy en el mismo periódico los elegantes cronistas Acteon y Asmodeo. Ahora bien, los personajes de nuestra literatura contemporánea dramática y novelística, ninguno pertenece á este círculo social; y por mas que algunos sean duques ó marqueses, condes ó barones, sin duda alguna que al salir al teatro ó al entrar en el libro novelesco olvidan sus habituales formas y obran como pudieran hacerlo los mas modestos individuos de la modestísima clase media. Hé aquí por qué al leer, y ya es tiempo de que venamos al asunto que ahora pone la pluma en nuestra mano; hé aquí por qué al leer la novela de la condesa *** que lleva el título de *Ledia*, recientemente publicada en la *Revista de España* y en el folletín de un diario político, exclamamos como el sabio griego: ¡Eureka! ya hemos encontrado una marquesa y una vizcondesa; un duque y un conde y hasta un poeta de buen tono; ya hemos encontrado personajes novelescos, que en los detalles, y nótese bien esta calificación, hablan y obran como acostumbran á hacerlo los seres reales á quienes representan. Vamos, pues, á ocuparnos de *Ledia*, novela, y comenzaremos por su trage literario, su estilo, que es asunto de primera importancia tratándose de una señora que lleva el título de marquesa de Molina.

La condesa de *** no escribe ese castellano de los neo-cultos que, desenterrando palabras olvidadas, forman párrafos de todo punto ininteligibles para los lectores y de muy difícil inteligencia para su mismo autor; la condesa de *** escribe el lenguaje que se habla en la *sociedad escogida (l'élite)* de la capital de España. Dentro de la unidad de todo idioma nacional existe una gran variedad en la forma de expresarlo. Uno es el lenguaje que se oye en los salones aristocráticos y otro muy distinto el que se usa en aquellos establecimientos de bebidas, de quien decía un poeta andaluz.

Si es ó no invención moderna,
vive Dios que no lo sé,
pero delicada fue
la invención de la taberna.

De un modo hablan los puristas que pretenden petrificar el lenguaje, y de otro los novadores, que con mas ó menos acierto tratan de que la palabra siga el movimiento y continúa transformación que es ley constante de todo lo humano. No puede, por lo tanto, hacerse un cargo á la autora de *Ledia* de que al pintar las costumbres sociales del mundo de los salones, lo haga en el lenguaje que en los salones se usa. Por el contrario, esta circunstancia da sabor local á las descripciones de la novela que nos ocupa, y contribuye poderosamente á la exactitud de los detalles que há poco indicamos.

¡Haremos una acusación á la condesa de *** porque convierte el antiguo gabinete de confianza en *boudoir*, el escudero de los tiempos caballerescos en el inglesado *groom* y los *petrimetros* de principios de este siglo ó los *elegantes* de época posterior en los novísimos *lions* á la moda? No, en verdad, cuando la posada toma el nombre de fonda y la fonda luego se convierte en *hotel*, este cambio de nombres indica también un cambio en el modo de ser de las cosas nombradas. Hoy sería ridículo llamar dueña á la señora de compañía encargada del cuidado de una jóven huérfana de madre; y si á un dependiente de comercio nos empeñásemos en darle el clásico nombre de hortera, quizá lo consideraría como un agravio que sólo podía dignamente repararse sobre el campo del honor. No hay que decir que si llamásemos calonge al penitenciario de una Santa Iglesia catedral ó físico á un doctor homeópata, es posible que ni uno ni otro nos entendieran, por mas que calonge y físico hayan sido antiguos nombres con que se han designado á canónigos y médicos.

Desengañense los puristas, las lenguas se cambian y se transforman por una ley ineludible de todo lo que es humano. Los que hoy son considerados como modelos de pureza clásica, por ejemplo, Cervantes en prosa y Herrera en poesía, cuando escribían eran novadores que plagaban sus obras de neologismos. No está el mal en que las lenguas se transformen, adoptando palabras y giros de los idiomas extranjeros, siempre que las palabras sean necesarias ó convenientes, al menos para la expresión de la idea y los giros sean elegantes, si de amena literatura se trata, ó precisos y exactos si en la ciencia han de usarse. Cuando decae una nacionalidad, decae necesariamente su idioma, puesto que el lenguaje solo es la forma de expresión del espíritu por medio de la palabra.

A la cabeza de este artículo hemos escrito *Un debut literario*, ¿por qué? Porque dada la forma en que

pensábamos formular nuestro juicio sobre la novela de la condesa de ***, parecíanos que ninguna calificación española podía hallarse en tan exacta relación con nuestro pensamiento como la palabra consagrada hoy por el uso del gran mundo para indicar el estreno de una artista, que sólo debe tener cronistas cuando el *debut* es un triunfo, como en el caso presente ha sucedido, y que por galantería debiera condenarse al silencio si otro hubiese sido el resultado obtenido por la nueva novelista.

(Se concluirá.)

LUIS VIDART.

CASA DEL PESCADOR.

El grabado que acompaña representa el caprichoso sitio de descanso en los jardines del Retiro ó parque de Madrid, antes reservados, que llaman la casa del Pescador. Esta parte de los jardines, abierta al público desde que se efectuó nuestra revolución, puede decirse que data desde el año 1815, en cuya época se comenzaron las mejoras y el cuidado de este sitio anteriormente muy abandonado. El vecindario de Madrid, que en determinadas épocas del año lo escoge para paseo, ha comenzado á frecuentarle más con motivo de las reuniones filarmónicas que de noche se celebran en el palacio ó casa de San Juan.

LIBRO DE BEN-OR-VAN-AR.

EL SÁUCE DE UN SEPULCRO.

¿Quién es el hombre que acabó aquí su jornada y descansa tranquilo de los pasos de la gran jornada, sin cuidado de levantarse al canto de saludar al sol temprano las aves madrugadoras, como hombre dormido hasta el último Juicio?

¿Quién duerme el sueño de siempre en este blanco sepulcro, blanco y triste, á la sombra del sáuce, fiel amigo, árbol que llora la buena memoria de los muertos?

¿Quién, quién es el muerto de este sepulcro solitario y triste, vasó de buen olor, olor de sabiduría y virtud, preciosas flores del alma que huelen bien hasta en el mal olor del seculero?

¡Oh sáuce! fiel amigo, árbol de la soledad, soledad de la pena, pena de lo que fue y no será jamás, sino en la memoria del alma, ¡oh sáuce! árbol que lloras, ¿por quién lloras?

Por Mehemet-Alim-al-Mahdi-Ben-Anzur-Ben-Tharik-Ben-Zaer-al-Manzor, que murió. ¡Gualá murió! Lloro por Mehemet, el justo, el sabio, el fuerte. Y lloraré mi sombra sobre el sepulcro del bueno hasta que se sequen mis hojas y mis ramas y mi tronco y mi raíz.

¡Oh Mehemet! Hazan-xair se acuerda de tu vida y viene al buen olor de tu sepulcro á cantar á la sombra de tu sáuce su dolorosa muerte. Cantar dolor, es llorar.

¡Oh gentes! honrais la memoria de Mehemet. Bueno fue: el diezmo de sus bienes para males nuestros. Sabio fue como luz en alto: todas las aleyas del Koran en la punta de su lengua y todas las estrellas á la vista de sus ojos y todas las yerbas de curar en su mano derecha. Fuerte fue: su alfanje rayo vengador en la gaza.

Si amais ¡oh gentes! la sabiduría y la bondad y la justicia, honraris la memoria del sabio y bueno y justo, que murió reclinado en su almohada. Almohada de Mehemet el Libro celeste: despues los otros.

Grito de dolor salió del pueblo, y fue de pueblo en pueblo en alas del aire que gime. ¡Ay, murió! Y el grito respondía al grito: ¡Ay, murió! Todos lo conocían; y conocerlo sin amarlo, nadie.

Muchos vinieron de lejos á llorar sobre el sepulcro. Y decían llorando mucho: santificaremos la mano derecha tocando al sepulcro del justo. Y tocaban el sepulcro con la mano derecha y con los labios como reliquia santa de virtudes.

La lluvia mansa del cielo llenó de agua limpia y dulce el hoyo de su piedra; y el ave del cielo baja á la hora de la siesta á beber el agua santa que jamás se agota en el hoyo de su piedra de sepulcro.

El hombre acabó sus días contados en el *Libro de la cuenta*; pero la muerte no acabó la buena memoria del hombre, que vive y vivirá en los días sin contar de la buena fama.

¡Oh, Mehemet! ¡Mehemet! Libro de sabiduría, ejemplo de santidad, lámpara de devoción, columna del Islam, perla del Serir, amparo de los pobres, seno de la amistad, gloria de los hijos, honores de los padres. ¡Oh, Mehemet!

Si oyes desde el cielo del deleite y de la luz, las palabras de lo hondo, oírás á Xair-Hazan, que vino al buen olor de tu sepulcro á cantar á la sombra de tu sáuce tu dolorosa muerte. Hazan-Xair canta; pero cantar dolor, es llorar: lo dije.

Goza, ¡oh fiel, oh sabio, oh justo! goza en el seno de las celestes huries, blancas, rosadas, amarillas, verdes (á tu gusto), bellas todas y amantes y siempre virge-

nes; goza los dulces placeres del amor, debidos á la virtud triunfante, según las promesas infalibles; y si se ve lo hondo desde la altura sublime, verás el dolor de Xair-Hazan.

CECILIO NAVARRO.

EL MAL QUE SE HA DICHO DE LAS MUJERES

(CONTINUACION.)

XVIII.

En cuanto á los yambografos, ó poetas que dejaron composiciones en versos yámbicos, no citaremos más que uno por abreviar.

No citaremos á Arquiloco, el inventor de ese género terrible, á Arquiloco, cuya virulencia causaba la muerte de aquel que mordía: no nos quedan de este poeta mas que algunos fragmentos de sus iracundos yámbicos, que no son suficientes para decidir si Lycambeo da ó no buenas razones para ahorcarse.

El que vamos á citar es Simonydes de Amorgos, abuelo de Simonydes de Ceos, el lírico. De este no nos queda mas que un fragmento *sobre las mujeres* que, por sí solo puede ser todo lo que llevamos dicho. El análisis de ese fragmento, da cierto colorido á todas las citas de los autores griegos:

«En un principio, formó Dios diversamente los caracteres de las mujeres; una tiene de la marrana sus ásperas cerdas, y esparce los malos olores en la casa porque vive en el fango; viviendo en el estercolero engorda.»

La otra,—por abreviar,—tiene la astucia de la zorra. La otra, de la perra, es curiosa y haragana. Su marido no puede sacar partido ni con razones ni amenazas, y eso si él no sale el escamado. La dulzura no puede nada con ella.

La cuarta parece de barro. Es un pesado fardo para su marido. No conoce el bien ni el mal, no entiende mas que una cosa, comer. Es indolente, hasta el extremo, que en el invierno, transida de frío, tiene el valor de quemar su propia silla para calentarse.

La otra parece de agua: hoy ríe, mañana llora. Encanta al que la ve pasajeramente. Pero veásela todos los días, su cólera como la de la furiosa perra que defiende á sus cachorrillos, no conoce amigos ni enemigos. Como la mar, tan pronto está tranquila y en calma, como agitada y embravecida.

Otra parece un borrico de arriero, no obedece más que á fuerza de amenazas ó de golpes, y en descuidándose se une al primer recien venido.

Otra se semeja á una veleta. Naturaleza pobre y mezquina, no hay para ella belleza ni atractivos; no entiende nada de las dulzuras de Venus y lo mismo se entrega á su marido que á su mas encarnizado enemigo. Es violenta, y su carácter insultante le ocasiona mil cuestiones. Según su opinión, se debe comer la carne de las víctimas recién inmoladas (1).

Otra tiene la flotante cabellera semejante á las crines de un caballo. Tiene aversión á toda clase de trabajos domésticos. Es lasciva y coqueta. Se lava todos los días dos y tres veces, se perfuma, peina sus abundantes cabellos y los cubre de flores. Una mujer semejante es agradable espectáculo para todo el mundo y un gran mal para el que la posee, á menos que no sea un déspota, un tirano ó un rey que vive sólo y exclusivamente de la coquetería de sus odaliscas.

Otra parece una mona. Fea, llena de defectos, es la risa de todos, y se pone furiosa por ser objeto de burla; astuta y maldiciente, no se ocupa más que en hacer daño.

En fin, la décima especie, parece la abeja,—dichoso el que encuentra una mujer semejante,—será el abrigo de la miseria y la prosperidad de su casa. Amada por su esposo, al que ella amará con predilección, le dará hijos hermosos y honrados. Será respetada por todos, y una gracia divina le favorecerá. No atenderá á galanterías extrañas. Este es el mejor galardón que puede otorgar Júpiter.»

¡De ese modo, una sola, graciosa, exquisita, perfecta, de entre nueve tipos, mas que satíricos! Y como si al poeta le pesara todavía el conceder esa pequeña excepción, y creyendo que con ella iba á causar una impresión demasiado favorable, se apresura á cerrar el cuadro con una conclusión á la manera de Hesiodo ó Eurípides.

«La mujer es el más grande de los males. Con ella no hay felicidad. El que confía el gobierno de su casa á la mujer, llama al hombre. Ve la mujer á su marido alegre, ella le irrita y le hace furioso. Donde habita la mujer no se recibe de buen corazón á ningún huésped que se presente. La más tonta engaña á su marido, y todos los hombres conocen las faltas de las mujeres, menos de la suya: todos corremos el mismo peligro. La mujer es el mas grande de los males con que nos ha podido castigar Júpiter.»

«Vedlo, continúa Simonydes, en el poema de donde tomamos estos fragmentos, vedlo, cómo el infierno re-

(1) Téngase en cuenta que habla Simonydes, un poeta pagano, por la alusión mitológica á los sacrificios usuales entre los griegos.
(Nota del traductor.)

cibe en su seno á tantos infelices que se pierden por una mujer.»

Alusión á la guerra de Troya y á Elena, á quien el poeta yámbico, ménos indulgente que el buen Priamo de Homero, no puede perdonar que haya sido causa de tan sangrientos combates y de tantas muertes.

El objeto de esta sátira contra las mujeres, parecia la intencion de ridiculizar la galantería tradicional tan popular entre los griegos, que cada cual tomaba y ampliaba segun su fantasia, como las fábulas de la edad media. Simónides escogió ese tema, y lo versificó como los poetas que escriben sus composiciones con un carbon sobre una blanca pared.

Lo que da á esta conjetura alguna apariencia de verdad, es que otro poeta, al que ya hemos nombrado, Tocílides, dice algo parecido, ó más bien lo indica brevemente.

«La raza de las mujeres, dice, está formada de cuatro elementos: una tiene algo de la perra, otra de la abeja, otra de la inmunda marrana, y otra de la yegua de espesas crines. Esta es fecunda, viva, ágil, y la más bella á los ojos. La que tiene lo de la inmunda marrana no es ni buena ni mala. La que se parece á la perra es haragana y salvaje. La que imita á la abeja es buena y laboriosa; es la única que conviene tomar por esposa.»

Se ve que Tocílides no admite la comparacion á la zorra, ni al mar, ni á la tierra, ni á la veleta, ni al mono.

Diógenes, encontrando á una mujer colgando de un árbol, exclamó:—«Pluguiera á los dioses que todos los árboles produjeran tales frutos.»

Asi, pues, con sólo dos excepciones, Homero y Sófocles, la Grecia, lo mismo que el Oriente, tuvo sólo para las mujeres amargas palabras é insultantes burlas.

(Se continuará.)

SALVADOR MARIA DE FÁBREGUES.

LA JURA DE LA CONSTITUCION

POR EL PRESIDENTE DEL PODER EJECUTIVO.

Nuestro grabado principal representa el solemne acto de jurar la nueva Constitución el excelentísimo señor general Serrano, siendo presidente del poder ejecutivo, ceremonia que tuvo lugar el 6 de junio en el palacio de las Cortes. En dicho día, despues de haber pasado los señores diputados, en corporacion, al pórtico del Congreso, precedidos de los maceros, tomado asiento segun sus categorías, y promulgado el código político, volvieron al salon de sesiones los señores diputados y los individuos del gobierno y el señor Rivero anunció que se iba á proceder á la fórmula del juramento del poder ejecutivo. Bajaron, pues, de sus asientos los señores ministros, y puestos de pie diputados y circunstantes, se acercó el general Serrano á la mesa presidencial, y doblando la rodilla, hizo el señor secretario la siguiente demanda: ¿Jurais haberos bien y fielmente en el encargo que la nacion os ha encomendado mirando en todo por el bien de la misma nacion?—El demandado, respondió: *Si juro.*—Si así lo hiciéreis, añadió el presidente de las Cortes, Dios y la Patria os lo premien; y si no, os lo demanden.

Tal fue la ceremonia que conmemora nuestro grabado.

LOS LOBOS.

El lobo es para los naturalistas un mamífero, para los labradores un animal dañino, para los cazadores un regalo, y socialmente considerado el tipo del bandido cuya cabeza se pregona. Todos le desean la muerte, y sin embargo este animal tiene una gran mision y nunca ha faltado á su cumplimiento. Su mision es la de purgar la tierra de los restos animales que la putrefaccion podia convertir en continuos gérmenes de epidemias. Por eso está dotado por la naturaleza de un olfato tan sutil que percibe las mas ligeras emanaciones á distancia de dos ó tres kilómetros, y de una hambre tan continua, que pocas veces se ve satisfecha. A el hambre y el olfato une la prudencia mas consumada, prudencia que el vulgo equivoca por cobardía. Este animal pasa el día reposando y disponiéndose á la nocturna campaña que el estómago le obliga á emprender, y de la necesidad suprema que este órgano le impone, y de los peligros de muerte que siempre le amenazan, se origina la exquisita prudencia que le distingue. Con todo, cuando el ayuno ha sido largo, el lobo rompe, como diria un escritor moderno, por todas las conveniencias y arrostra todos los peligros, comiendo sin masticar cuanto se le pone por delante en vista de lo incierto de su porvenir, y de la distancia que suele haber entre sus banquetes.

El lobezno es susceptible de educacion por algun tiempo, y se ha visto muchas veces que parecen haberse desterrado sus instintos carnívoros tras algunos meses de vida doméstica; pero tarde ó temprano se reconoce y ve para lo que ha nacido, y despidiéndose de la sociedad, se lanza al bosque á su vida del mero-deo y de la sorpresa.

En los países civilizados y poblados desaparece esta raza para dar lugar á la supremacia del raposo ó del zorro, tipo de la degeneracion de un hombre refinado.

ALBUM POETICO.

A FRAY LUIS DE LEON,

CON MOTIVO DEL MONUMENTO CONSAGRADO Á SU MEMORIA EN LA CIUDAD DE SALAMANCA.

Asi como en la noche tempestuosa
acaso brilla fulgurante estrella
augurio siendo de la dulce calma
que al furor sigue de hórrida tormenta.

Asi tambien cuando el hispano pueblo
dormitaba aherrojado entre cadenas,
un momento no mas brilló en su frente
de lauro y mirto la corona escelsa.

Entonces Alarcon y Tirso y Rojas,
Moreto, Calderon, Lope de Vega...
En la region del arte, siempre libre,
el sol mostraron de eternal belleza.

Y el épico cantor, el gran Cervantes,
viendo del mundo la cordura incierta,
en las locuras del famoso hidalgo
los desvarios de su edad condena.

Y entonces en los místicos acentos
de San Juan de la Cruz y de Teresa,
y de Malon de Chaide y de Granada,
presentida verdad la fe contempla.

Y fray Luis de Leon, ¡genio sublime!
En intuitiva, divinal creencia,
todo es uno y distinto, alto proclama,
esencial unidad, lo vario encierra.

¡Genio sublime! sí; tú adivinaste,
desde el retiro de apartada celda,
que sobre la moral de la familia
la humana sociedad firme se asienta.

Y poeta tambien fueron tus cantos
los tristes ecos de armonía eterna,
que oscura es la morada en que nacimos
si se compara al bien que el alma sueña.

¡Agustino inmortal! si es ley de historia
que el martirio corone la inocencia,
presto en insano calabozo horrible
alto premio alcanzó tu gloria cierta.

Siempre el dolor del justo santifica
de ideal superior la vida nueva,
y Sócrates bebiendo la cicuta,
y en el Gólgota, Cristo, bien lo muestran.

¡Místico pensador! ¡gran moralista!
¡Poeta tierno! ¡Mártir de la idea!
Hoy España en mármoleo monumento
de justicia no mas te rinde ofrenda.

Y bien haces ¡oh patria! memorando
de tus pasados tiempos las grandezas,
ya que olvidas que turbios los presentes
serán oprobio de la edad moderna (1).

LUIS VIDART.

Madrid 31 de julio de 1868.

El viaje aerostático del Poló Norte, en donde iban el astrónomo Mr. Tourel y el celebrado profesor de física Jardien, terminó felizmente, con muestras de ser muy beneficioso para las ciencias, segun la memoria de los viajeros presentada á la Academia. El descenso se verificó á pedir de boca, gracias á las nuevas máquinas inventadas para el caso, y aunque causó algun daño en varios sembrados de trigo, los dueños quedaron tan gozosos al ver un magnífico globo en sus cercanías, que lejos de entablar demandas de indemnizacion, dieron un voto de gracias á los directores del movimiento, por haber honrado sus campos, eligiéndolos como puerto para arribar de las nubes. Esta devolucion hacia las ciencias, honra grandemente á los labradores, y prueba lo mucho que disciplina la civilizacion, porque ejemplos se han visto en otros tiempos, de recibir á palos y á tiros á los aeronautas.

(1) Cuando se escribían estos versos dominaban en las esferas gubernamentales de España las absurdas ideas de una reaccion teocrática que pretendia cubrirse con el sacratísimo manto de la verdad católica, y esto explica la dura frase en que se terminan.
(Nota del autor.)

Con el título de *El Correo Militar*, se ha empezado á publicar en Madrid un periódico dedicado á defender los intereses del ejército, y tanto por sus ideas liberales como por la ilustracion con que está escrito, merece llamar la atencion del público.

Se ha publicado el libro 6.º de la propaganda popular católica. Es un trabajo notable que constará de dos cuadernos, y se titula *Las iglesias protestantes*. Entre las publicaciones que han obtenido mayor éxito, debemos mencionar la que lleva por título *El Espiritismo*. hábil y concienzuda refutacion de la doctrina espiritista. Las obritas de la propaganda llevan el sello de la aprobacion diocesana.

La academia de San Fernando ha nombrado al arquitecto señor Cubas, para que represente á la misma en una comision que por órden del señor ministro de la Gobernacion ha de reconocer el célebre monumento llamado Torre-Nueva, en Zaragoza, é informar acerca de su estado.

En el departamento de la Dogne, Francia, se han descubierto esqueletos humanos, coetáneos del período cuaternario, los cuales presentan rasgos tan extraordinarios, que el gobierno francés ha enviado al distinguido paleontologista Mr. Lartet para que los examine y escriba sobre ellos una memoria. Los esqueletos hallados son cinco, y pertenecen á alguna raza gigantea, cuyos miembros, asi en tamaño como en forma, deben haber tenido gran semejanza con los del gorilla. Los cráneos se hallan en poder de una comision de sabios que se ocupan en escribir un trabajo craneológico, con toda la extension que tan importante asunto requiere.

La comision directiva del museo de Tapices del Escorial la componen: don Adelardo Lopez de Ayala, presidente; don Emilio Castelar, don José Moreno Nieto, don Cipriano Montesinos, don Gabriel Rodríguez, don Juan Eugenio Hartzenbuch, don Manuel Ortiz de Pinedo, y secretario don Gregorio Cruzada Villamil.

DON PANTALEON.

HISTORIA INCREIBLE.

(CONTINUACION.)

En esta primera época de la vida, el amor no es un fuego, es un presentimiento y un instinto: el hombre le siente casi con la misma pureza que la mujer, pero con ménos constancia; y hé aquí de donde proviene la volubilidad de los corazones adolescentes, y esta es la causa de que la primera pasion, no sea en general la más verdadera.

Pero suponed el amor posesionado de un alma madura, que ha pasado ya de la edad de las ilusiones; y entonces todo varía, si nó en la esencia, en las formas, en el principio, en los deseos y en la duracion. La pasion entonces es positiva y carnal: echa hondas raíces en el corazon y contrariada le devora en un fuego inextinguible: se encarna en él con la costumbre y se diferencia del amor jóven como la realidad de la ilusion, como las necesidades de la vida de los vuelos del pensamiento. Fuerte como las fibras que hieren, dura mucho ó siempre y en vano el alma que le concibe tratará de rebelarse contra su yugo, no podrá desaharle, ni aun despues de satisfecho el deseo que renace incesantemente.

Hay algunos seres predestinados á sufrir que reúnen estos dos distintos amores en un sólo sentimiento; á ellos pertenecen los verdaderos poetas, los únicos que llenan la posteridad con su nombre, los sólo que han producido las más bellas obras del pensamiento, con referencia á las tiernas aspiraciones del corazon.

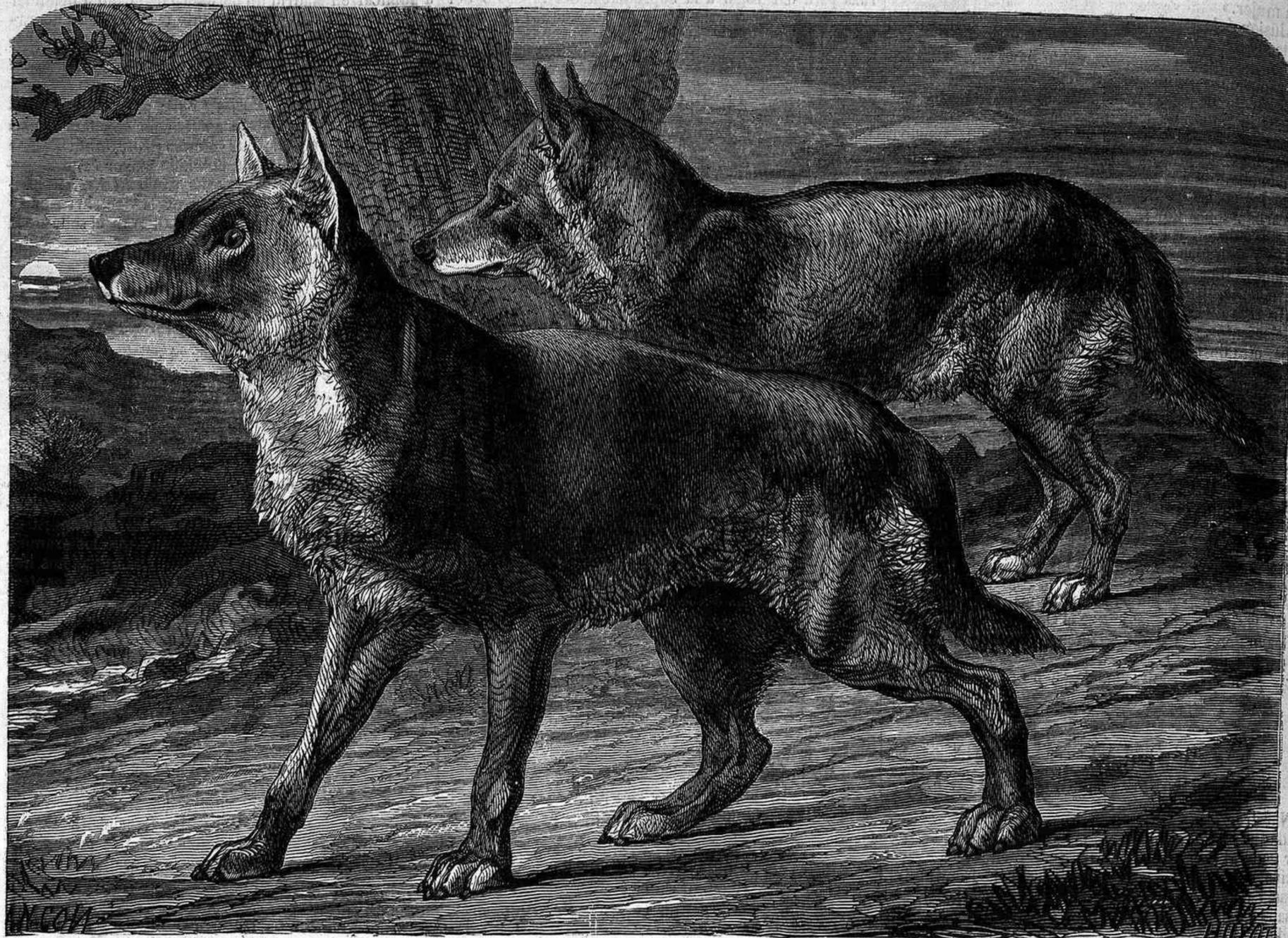
PARTE SEGUNDA.

I.

Habian transcurrido quince meses desde el día en que don Pantaleon se enamoró de la primera bailarina del teatro del Circo de Madrid.

La escena siguiente tenia lugar en Venecia, en un pequeño palacio, contiguo al *Muelle de los Esclavones*. En el piso bajo de este edificio, en una de esas salas sombrías y misteriosas, pintadas al fresco y enlosadas de mármol, tan comunes en la ciudad del Adriático, se hallaban al declinar de un hermoso día de los últimos de octubre, dos personas de distinto sexo y de aspecto muy diferente.

Una mujer jóven, bellísima, de cabellos castaños, de ojos azules y espresivos, de tez más blanca que el mar-



LOS LOBOS.

móreo pavimento de aquella habitación, estaba enteramente reclinada sobre un divan de raso, color de granate, apenas elevado del suelo; y apoyada su linda cabeza en la palma de la mano, en una actitud que realzaba su maravillosa hermosura. Su trage era rico y elegante, y por este y por una capota y unos guantes arrojados sobre el divan, parecía que acababa de llegar.

Un jóven moreno, de ojos y cabellos mas negros que la mora, ensortijados con elegancia, con el rostro algo curtido, lleno de hermosura varonil, pero con una espresion de cinismo y de bajeza, estaba sentado junto al divan, en el suelo, sobre un tapiz de Aubusson, cruzadas las piernas al estilo oriental, y tan próximo á aquella mujer, que los sedosos bucles de esta, casi rozaban la frente del gallardo mancebo, al cual por su trage misto, hubiera podido tomársele por un pescador napolitano ó por un gondolero de Venecia.

—¡Per Bacco! Carmina—esclamó éste dando un estrepitoso beso en la mejilla de su linda compañera.—¡Vaya un encuentro afortunado! Ya habia perdido la esperanza de volver á verte, y cuando despues de tantos años, el otro día te hallé en el canal en una góndola soberbia, tan bien vestida y tan hermosa, apenas pude reconocer en tí la traviesa muchachuela que en otros tiempos me ayudaba á secar mis redes en la playa de la Margelina.

—¿De veras, Beppo?—preguntó la jóven jugando con los negros cabellos del mancebo.—¿No me conociste? ¿tanto he variado desde entonces?

—Mucho, muchísimo; cuando nos conocimos en Nápoles, eras delgaducha, morena, casi fea; solo conservas aquella espresion burlona y graciosa, que era lo que mas me agradaba en tí. ¿Qué diablos has hecho para ponerte tan blanca, tan redonda y sobre todo tan linda?

—Nada, mi querido Beppino; dejar correr los años y darme la mejor vida posible.

—Ya...—repuso Beppo; mas luego se interrumpió, y echando en derredor una mirada recelosa.—Ante todo—dijo—¿estamos seguros? ¿no hay algun marido, amante ó cosa por el estilo que nos pueda oír? El otro día ibas con un caballero que te colmaba de atenciones y hasta ahora no hemos tenido ocasion de hablar despacio; ignoro pues...

—Tranquilízate *carissimo*—interrumpió Carmina.—Hay eso que tú dices, mas por hoy estamos seguros. Mi buen español ha ido esta tarde á comer con un compatriota suyo, que vive mas allá de Rialto y quedó en verme en el teatro: además mi doncella está en acecho.

—Pues bien, ¿me explicarás esta trasformacion, este lujo y esta ausencia de tantos años?

—Con mucho gusto, querido. Son todas cosas que nada valen y están dichas en cuatro palabras.

—Sepamos, pues.

—Ya sabes que un dia festivo, uno de los empresarios del teatro de San Carlos de Nápoles, me vió bailar en el Vómero, y me propuso ajustarme de figurante. Sabes tambien que acepté, pues que me has visto salir á la escena, antes de tu fuga á Calabria, motivada por yo no se qué asunto—y la jóven sonrió con malicia.

—Adelante.

—Pues bien—repuso Carmina—desde entonces comencé á hacer rápidos progresos en el baile que admiraron á mis maestros: subí como la espuma, y de simple figurante, en ocho años solamente, he ascendido á primera bailarina.

—¿Tú, primera bailarina?—esclamó el jóven asombrado.

—Yo, si no lo tomas á mal—repuso Carmina sonriendo—he bailado como tal en Nápoles, en París, en San Petersburgo, en Madrid y ahora, amado Beppo, lo haré dentro de pocos dias en Venecia.

—¡Per Gesù! que nunca lo hubiera sospechado.

—¿Y por qué? Cuando nos conocimos, ¿por ventura no era yo la mas diestra muchacha de cuantas en los dias de fiesta bailábamos en Chiaaja, luciendo nuestros zapatos bordados de lentejuelas?

—Ya, pero...

—Y además—prosiguió la jóven con maliciosa coquetería—¿no has mirado bien, Beppo? Prescindiendo de mi habilidad pedestre, ¿no conoces que tengo un poderoso talisman para volver loco al público y á los empresarios?

Y Carmina erguia su encantadora cabeza, bañada por la tibia luz de la tarde, que penetraba por una ventana entreabierta.

Beppo iba á contestar, mas luego, mirando á una

puerta oculta bajo una gran cortina de damasco que estaba en el fondo de la sala:

—¿Qué es eso?—dijo inquieto, señalando con la mano.—¿no has oido algo en esa puerta? juraria...

—Jurarias mal; repito que no hay cuidado. Será Lis, mi perrita microscópica que se entretendrá rompiendo las guarniciones de mis almohadas, porque allí tengo el dormitorio.

—Sin embargo, esa cortina se ha movido.

—No es extraño, hay brisa y la ventana está abierta... pero noto, querido, que te has vuelto demasiado... prudente.

—¡Diavolo!—esclamó el mancebo haciendo una mueca,—mis escursiones por la Calabria me han abierto los ojos: no quisiera esponerme á un mal lance, pues aunque hasta ahora no me has dicho casi nada, no soy tan torpe que no comprenda ciertas cosas. Ese español parece un caballero, y yo no soy mas que un canalla que siempre llevaria la peor parte.

—Tienes razon, Beppino, sería un mal lance. Ese hombre está muy enamorado de mí, para no ser celoso; mas no me creas tan descuidada: todavía me conviene fingir algun tiempo, despues será otra cosa.

—¿Cómo, *carissima*, dices?...

—Digo que pronto le mandaré á paseo, no obstante su amor y sus *peluconas* de las que ya he derretido la mayor parte.

—Espílicate.

—Ese hombre es una especie de oso que he domesticado. Se enamoró de mí en Madrid, y me declaró su amor con el mismo respeto que hubiera podido hacerlo tratándose de una duquesa.

—¡Ah!

—Al principio, no pude menos de burlarme de él en sus narices, porque no puedes imaginarte facha mas ridícula; mas luego me informé, supe que tenia un buen patrimonio y admití sus obsequios con el piadoso fin de civilizarle; lo cual he conseguido trabajosamente.

(Se continuará.)

E. MORENO GODINO.

ABELARDO DE CARLOS, EDITOR.

ADMINISTRACION, CALLE DE BAILEN, NÚM. 4.—MADRID,
IMPRENTA DE GASPARD Y ROIG.